

¡Ay mis dulces amores!
Herido estoy con flechas celestiales;
mas ¡oh mi luz! ningún remedio pido
más que estar en tu amor más encendido.

¡Ay! Ya me lo acrecienta
el suave poder de tu hermosura,
la gracia que se asienta
como en trono de nieve en tu faz pura,
esas rosas que están ¡oh maravillas!
como en catre de abril, en tus mejillas.

Me roba toda el alma
esa estatura bella y prodigiosa
semejante á la palma
exaltada en Cadés: palma preciosa;
palma toda de miel; palma que ha dado
el fruto en un Jesús más delicado.

Cuanto me habla elocuente
esa santa modestia, que en tu boca
venero reverente,
todo á nuevos amores me provoca:
todo me obliga á amar: todo me enciende
y ardientes llamas en mi pecho prende.

Ojalá sólo á tí ame,
y no á vanos objetos, mi dulzura!
Pues ea, dame, dame
á beber de tus pechos leche pura,
que ésta me apagará la humosa hoguera
de cualquier otro amor de baja esfera.

Déjame dar mil besos
á esos hermosos pies que me enamoran:
pies puros, pies ilesos,
pies que postrados ángeles adoran;
pies que triunfantes con denuedo vivo
hollaron de la sierpe el cuello altivo.

Y ¡oh! si pudiese (¡lá cuánto
llega el conato, y el amor se atreve!)
dar un ósculo santo

en esas manos de alabastro y nieve.
¿Mas dónde vas, oh pensamiento erguido?
Suspende el vuelo; humíllate, atrevido.

Mentes angelicales;
vosotras sí, purísimas criaturas,
tomad esos cristales,
y ósculos dad á aquesas manos puras
que tocar merecieron tantas veces
á vuestro mismo Autor en sus niñeces.

Yo sigo contemplando
á esta hermosa beldad, forma divina.
¿Pero quién podrá, ó cuando
la vista llegará más peregrina
á ver, sin parpadear, las sienes bellas
que brillantes coronan doce estrellas?

En el orbe estrellado
luce, con astros nueve distinguida
(prodigio celebrado),
la corona de Ariadne allá subida.
Mas ¿qué tiene que ver esa corona
si á la tuya, mi bien, se parangona?

¿Ni las coronas de oro
esmaltadas de piedras peregrinas,
cuyo lustre y decoro
ó tú, naturaleza, ó tú, arte, afinas,
para ceñir las sienes majestuosas
de las reinas del orbe poderosas?

Ceden á la nobleza
de tu diadema real, clara y brillante,
la pompa y la riqueza
del rubí, del berilo, del diamante,
y de cuantos adornos femeniles
las cabezas adornan femeniles.

Cede la pedrería,
ceden las perlas del cantado oriente
que el mar índico cría,
y cede aquella joya finalmente

rica loh Cleopatra! por sus brillos bellos,
soberbia por estar en tus cabellos.

Mas si así me enamora
el exterior del arca loh cuánto, cuánto,
bellísima Señora,
me debe arrebatat tesoro tanto
que escondió tu humildad en tu alma pura!
¡Oh, quién me descubriera tu hermosura!

Aquí vería escondidos
brillar piropos de divino fuego;
los berilos lucidos,
á cuyas luces me quedara ciego;
crisólitos, diamantes, cornerinas,
ricos topacios y esmeraldas finas.

Aquí vería encerrado
de todas las tres gracias el tesoro:
aquí el precio acendrado
de la cándida plata y rubio oro:
aquí el del Tajo, Ganges y Pactolo:
aquí el valor del uno y otro polo.

Y á la verdad pedía
el decoro debido á la excelencia
de la inmortal María
sólo inferior á la divina esencia,
que en ella entrase, como el mar crecido
cuanto en otros se hallase repartido.

Mas todo me lo encubre
aquese celestial manto dorado
con que rubio se cubre
el santuario de glorias inundado,
sin permitir sus rayos á mi vista
haga de tí, mi bien, total revista.

Aun esa luna hermosa,
escabel de marfil, peana bella
que se muestra gozosa
de que tu planta su garganta huella,
no nos permite entrar á los humanos

á mirar de tus pechos los arcanos.

Demasiado crueles
Febo y su hermana Febe nos han sido,
cuando á los ojos fieles
tesoro tan precioso han escondido.
¿Por qué, oh astros, me dais tales enojos?
¿Qué motivo de envidia os son mis ojos?

¡Oh, cuándo el feliz día
llegará de subir á esos topacios
(centro de la alegría)
y de correr del polo los espacios,
porque no seáis cortina que me estorbe,
oh polo, y astros del celeste orbe!

Entonces pisaremos
los dos ojos del mundo luminosos:
entonces hollaremos
la luna, el sol, seguros y gozosos;
porque ya no serán del dulce empleo
obstáculo envidioso á mi deseo.

Ya no el celeste muro
me impedirá gozar castos amores:
gozarélos seguro,
anegado en delicias superiores;
pues, por de ellos gozar, el alma mía
ansiosa ha suspirado noche y día.

¿Mas qué estoy discurriendo?
¿ó con qué ley espero lo que ansío
¡ay de mí no sabiendo
si el imán de mi amor, si el dueño mío
corresponde graciosa á la gran llama
del casto amor con que mi pecho la ama?

¡Oh, qué dichosa suerte
goza un amante que es correspondido!
¡Pero qué amarga muerte
es á un pecho en amores derretido
el no encontrar en la correspondencia
de la amada remedio á su dolencia!

¿Mas por qué pongo duda
 en que grata á mi amor me ame mi dueño?
 No es áspera ó sañuda:
 no en su frente festiva mora el ceño,
 no son de bronce, no de pedernales
 su corazón y entrañas virginales.

¿Qué dudo? Si atractivo
 es de otro amor muy dulce y poderoso
 el amor expresivo
 de un corazón que adora respetuoso.
 Sí, sí, mi dueño me ama, yo lo infiero
 de que enfermo de amor por ella muero.

¿Qué dudo? Si tan fino,
 tan pródigo, tan tierno, tan sincero
 me amó su Hijo divino,
 que dió por mí su vida en un madero?
 Jesús me amó con caridad fogosa.
 ¿No me amaré la que es su copia hermosa?

Seguiré, pues, gustoso
 atizando á mi amor su ardiente llama,
 sin dejar desidioso
 de amar jamás á la que tanto me ama,
 ni consentir se entibien mis ardores:
 pues sé no la fastidian mis amores.

La sangre bulliciosa
 que por mis venas corre difundida,
 sólo corre gozosa
 porque por ella correrá fluida
 ó dentro de ellas, mientras le agradare,
 ó fuera de ellas, mientras le gustare.

Cuanto mi industria puede,
 cuanto valen mis fuerzas, cuanto mi arte,
 todo á su gloria cede,
 sin que haya en mí la más ligera parte
 que no esté pronta á hacerle sacrificio
 á su nombre, á su honor, y á su servicio.

Si á las partes boreales

mandare conducir mi navichuelo,
 sus velas puntuales
 dirigirán allá veloz su vuelo
 y el mismo septentrión, si ella lo dice,
 Arcadia me será la más felice.

Cuantos campos helados
 allí encontrare del sañudo frío,
 amenísimos prados
 se le figurarán al amor mío
 convirtiéndome amor los campos feos
 en bellísimos campos eliseos.

Si por ventura gusta
 de que los suelos pise abrasadores
 de la inclemente, adusta,
 inhabitable Libia, sus ardores
 no me acobardarán: sus arenales
 gustosos pisarán mis calcañales.

Un constante verano
 de Libia misma en el ardiente seno
 gozaré muy ufano,
 y un tesalio pensil el más ameno
 en que me hará el amor céfiros suaves
 los notos fuertes y aquilones graves.

Y si por fin le place
 que viaje por su honor en todo el mundo,
 desde do Febo nace
 hasta do se sepulta rubicundo,
 yo, por su amor y gloria, desde oriente
 correré presuroso hasta occidente.

Sin que haya qué le estorbe,
 una vez que lo quieras, Reina mía,
 irá por todo el orbe
 persuadiendo devota mi energía
 á todos que te rindan bendiciones,
 á todos que te den sus corazones.

Te crearán la Señora
 de lo criado, visible é invisible;

la hermosísima Aurora,
madre hermosa del sol incomprensible;
de Dios la despensera soberana,
la árbitra, en fin, de toda suerte humana.

Adorarán tu pura
ánima inmaculada, santa y bella,
libre de mancha obscura,
jardín, do no se vió la infausta huella,
y adorarán tu cuerpo todo hermoso,
sagrario divinal del poderoso.

Mil templos construídos
de marmol blanco, y pórvido precioso,
y de jaspes bruñidos,
á tu nombre serán siempre glorioso,
donde en hogueras arderán sagradas
perfumes ricos, gomas apreciadas.

De dones los más bellos
y de nobles presentes peregrinos
estarán llenos ellos,
teniendo la memoria allí continos
de tus piedades monumentos sacros,
tablas, pinturas, votos, simulacros.

Por calles alfombradas
de claveles, de rosas y alelís,
y bien entapizadas
de damascos y pompas carmesís
irás captando á bárbaras naciones
en carroza triunfal veneraciones.

La tierra placentera
el viva entonará multiplicado,
que alegre la atmósfera,
que el reino de Neptuno alborozado,
y que el cielo por fin con voz festiva
retornarán diciendo: viva, viva.

Allí la dueña cana,
en sus faldas tomando al tierno niño,
con voz débil y anciana,

pero con grande amor y con cariño
le hará que con su lengua tierna y pía
comience á pronunciar: Ave María.

Del Abril y del Mayo
la real capilla que en el aire vuela,
el dulce papagayo,
la melosa canora filomela,
entonarán también con alegría
el dulcísimo Nombre de María.

Mas ¡ay! que obsequios tales
se reservan, Señora, solamente
para almas principales
de carácter más noble y excelente;
ellas podrán, gran Reina, tributarlos;
yo pobre ¿qué podré sino desearlos?

Pero ya que tan buenos
deseos no alcanzan las ejecuciones,
trabajaré á lo menos
en que mi voz, mi pluma, mis acciones,
todo respire sin medida y tasa
el vivo incendio que por tí me abrasa.

Y aunque en su excelsa gloria
ausente de la tierra se mira ella,
de mi tierna memoria
jamás se apartará su imagen bella;
sin que la ausencia corporal impida
la vista intelectual de mi querida.

Cuando en brazos del sueño
entregaré mis miembros al reposo,
de mi amoroso dueño
se me pondrá delante el rostro hermoso,
resolviendo en la noche mente pía
dulces especies que formó en el día.

¿Qué más? (si no me engaña
esta esperanza de mi amor devoto)
cuando con su guadaña
vendrá á segarme la inclemente Cloto,

la belleza veré de mi Señora
que á la tierra y los cielos enamora.

La veré con mis ojos
entre olas de la muerte ya nadantes:
mis labios ya no rojos
le aplicaré con ósculos amantes;
y de las voces en postrera mengua
á ella le gemirá mi seca lengua.

Entre estas suavidades
gustoso moriré. ¿Quién no lo espera
de las dulces bondades
de Reina tan benigna y placentera?
Moriré, sí, es verdad; mas mi amor tierno
ese no morirá, que será eterno.

Pero porque constantes
á los mortales queden mis amores,
ya suplico desde antes
ministren relación de mis ardores
pocas letras grabadas ¡oh María!
con estilo de fuego en urna fría:

Yace aquí sepultado
el dichoso Partenio, el cual herido
con el arpón dorado
de una dulce beldad, murió encendido.
Amó á María y corre con certeza
que murió del amor de esta belleza.

VII

Propone Partenio la constancia en su amor.

Mientras que me dure el vital estambre, y aun cuando lo corte Cloto inexorable,	Quiero loh vida mía! ser siempre constante, constante en servirte, constante en amarte.
--	--

Pues tanto me quieres, tu semblante bello,
fuerza es que te pague; tu rostro agradable.
aunque seré corto
por mucho que te ame.

¡Oh, si una cadena
á ambos nos atase,
de temple tan fino
que sea perdurable!

No hay cosa alguna
que de tí me aparte,
¡oh mi bien! ya quiero
ser siempre tu amante.

Otro en sus placeres
tenga sus solaces;
otro en plata y oro;
otro en cosas tales.

Mas tales deleites
á mí no me alcancen;
mi única delicia
sea mi dulce Madre.

El Partho primero
beba los cristales
de Araris, y el Tigris
el Alemán trague.

Que de tí, mi vida,
llegue yo á olvidarme;
¡oh! nunca yo incurra
delirio tan grave.

Siempre mi memoria
me ponga delante

De noche y de día
y en todos instantes
tenga muv presente
tu adorada imagen.

Primero suceda
que en secos estanques
corran los delfines,
las ballenas naden;

Primero se mire
volver sus cristales
hacia atrás los Nilos,
Ebros y Jordanes;

Primero se lleguen
todos á contarse
cuantos rayos Febo
por el orbe esparce;

Cuantos astros tiene
el zafir brillantes,
y hojas hay en selvas,
y arenas en mares;

Que yo loh amor mío!
llegue á ser tan frágil
que estas mis ternuras
á otra beldad pase.

Solo á tí quererte:
solo á tí adorarte:
tuyo seré vivo:
tuyo muerto loh Madre!

IX.

Se derrite Partenio en requiebros á su Señora.

Una vez entre otras Pues tu fuego sacro
que á Partenio el pecho me está consumiendo,
más se lo abrasaba déjame prosiga
el mariano fuego, mis dulces requiebros.

Para desahogarse Sí, mi alma, yo te amo,
(como estaba ardiendo) mi vida, te quiero,
dirigió á sus labios mis ojos, te adoro,
parte del incendio. mi bien, te confieso.

¡Oh amable María! Mi Madre, te clamo,
(así dijo tierno mi luz, te venero,
postrado á la margen mi amparo, te imploro,
del famoso Ebro,— mi salud, te aprecio.

Unos peregrinos Te invoco, esperanza,
que al pasar lo vienon, te llamo, consuelo,
y algunos pastores te nombro, dulzura,
cuentan que dijo esto) te ansío, refrigerio.

¡Oh amable María, Tú eres mi Señora,
oh adorado dueño, tú mi dulce dueño,
encanto de mi alma, tú de mis servicios
divino embeleso; adorado objeto.

Dulcísimo hechizo, Tú mi sol hermoso,
mi luz y mi espejo, tú mi claro cielo,
mi bien, mi regalo, tú mi bella luna,
mi imán y mi centro! tú mi firmamento.

Tú mi jardín noble, Como á las de su amo
tú mi alegre huerto, ven los de los siervos,
mi pensil tesalio y los de la esclava
y mi campo ameno. á las de su dueño?

Tú el deleite mío, De tí el bien recibe,
tú mi solaz bello, de tí el bien deseo,
tú mi placer casto, de tí mi esperanza
mi alegría y recreo. confiado cuelgo.

Tú mar insondable Y pues tú me amparas
en donde me anego, con piadoso afecto,
piélago en que me hundo, mostrarte es preciso
océano inmenso. mi agradecimiento.

Tú mi rica nave, A tí te bendigo,
mi apacible viento, á tí reverencio,
mi áncora segura, á tí aplaudo, y canto
mi deseado puerto. amorosos versos.

Tú mi cinosura Hacia tí encamino
cuyo lucimiento los fogosos vuelos
de bajíos me libra que las alas baten
y escollos funestos. en mi amante pecho.

Después de Jehová, A tí me dirijo:
todo en tí lo tengo; todo á tí me ofrezco:
pues los bienes todos mi sér te consagro
por tí me vinieron. con cuanto en mí veo,

¿Qué mucho, mi vida, Tuyo soy, mis ojos
es que siempre atentos tuyo, mi lucero,
mis humildes ojos tuyo, mi regalo,
deba en tí ponerlos, todo á tí me entrego.

Y que hacia tus manos Rige, impera, manda
miren mis anhelos, en mi alma, en mi cuerpo,
de ellas esperando potencias, sentidos,
todos mis aciertos, facultades, miembros.

En todo ejercita
tu glorioso imperio,
tu benigno mando,
tu dulce gobierno.

Que aunque mi albedrío
libre y placentero
no hubiera jurado
á tu alteza el feudo:

Cuanto en mí conozco,
cuanto en mí contemplo,
todo con mil marcas
me anuncia tu siervo.

Por tí, mi bien, vivo,
por tí me conservo;
y porque tú gustas,
respiro y aliento.

En tí, reina mía,
mil bienes encuentro,
mil delicias hallo,
mil dulzuras siento.

No en balde suspiro
exhalado y tierno,
porque de gozarte
se apresura el tiempo.

¡Oh, cuántos entonces
te ofreceré obsequios,
te rendiré gracias,
te imprimiré besos!

¡Oh dulces abrazos
los que darte intento
en tus blancas manos,
en tu ebúrneo cuello!

Expresando mi alma
reconocimientos
por tantos favores
como á tí te debo.

¡Oh, que llegue el día,
y llegue muy presto
de ver de hito en hito
tu rostro halagüeño!

Belleza adorable,
las horas no veo
de ver tu hermosura,
que hoy me ocultan velos.

Ya me va faltando
de pena el aliento
por la ausencia larga
del triste destierro.

Ya muero, ya expiro,
porque no me muero;
y ya solo aguardo
vivir en muriendo.—

Estos le cantaba
melosos requiebros
á su ama María
su esclavo Partenio,

Hasta que un desmayo,
de su amor efecto,
le dejó tendido
sobre el verde suelo.

No sé si las aguas
del sagrado Ebro
lo murmurarían
al oír sus versos,

Mas si de inciviles,
de llanos, de necios
(por la magestad
del augusto dueño),

Sus voces notaron,
tacharon sus versos:
llanezas de amor
disculpen les ruego.

—
XIV

Pide Partenio su favor á María, y la alaba.

Ave, Virgen graciosa,
• más brillante que el sol, fanal del día,
Madre de Dios gloriosa,
más dulce que el panal y la ambrosía,
más rubicunda que la rosa amena,
más blanca y pura, más, que la azucena.

Tú eres una belleza
en todo superior á otra hermosura:
tú antorcha loh gran Princesa!
que á la iglesia iluminas con luz pura:
tú eres al pecador refugio cierto,
tú al afligido saludable puerto.

Reina de la clemencia,
borra del pecador las negras manchas,
cual Madre de indulgencia
que á tus hijos el seno les ensanchas,
y pues eres aurora de alegría
á los tristes enjuga el llanto loh pía!

Vén, vén, Reina gloriosa,
apróntate veloz, pues te llamamos,
para ungirnos piadosa

á los que á tí gimiendo suspiramos,
haciendo rebosar los corazones
el suave aceite de tus santos dones.

¡Oh resplandor del cielo,
océano de grandeza desmedida!
Ven á nuestro consuelo,
benigna sana mi mortal herida,
y con tus dulces pechos virginales
alivia mi aflicción, cura mis males.

JOSE AGUSTIN DE CASTRO

De D. José Agustín de Castro (á quien no debe confundirse con el jesuita veracruzano Agustín Castro, 1728-1790) apenas hay otras noticias que las bibliográficas. Se sabe, principalmente por Beristáin, que era michoacano, que fué notario de la curia eclesiástica de Michoacán y después notario mayor y público del Tribunal de Justicia y de la Vicaría general del Obispado de Puebla. Por sus obras impresas se colige que hacia 1786 vivía en Valladolid de Michoacán (Morelia); que de 1791 á 1797 vivía en Puebla, y que probablemente hacia 1809 se hallaba en México, adonde debió de pasar con nuevo cargo.

Colabora, aunque no con frecuencia, en la *Gaceta* y el *Diario de México*, publicando, dice el mismo Beristáin, «con su nombre, sin su nombre y con el de otro.» Además de las obras impresas, el citado bibliógrafo menciona como manuscritos suyos una *Vida de San Luis Gonzaga*, en verso, y un volumen de *Poemas profanas*.

BIBLIOGRAFÍA.

El triunfo del silencio, Canción heroica á San Juan Nepomuceno. México, 1786; imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros. (Existe en la Biblioteca Nacional de México, pág. 263 del catálogo de la Octava división).

Sentimientos de la América, por la muerte del Virrey Conde de Gálvez. México, 1786 (según Beristáin).

Acto de Contrición. Poema místico. Puebla, 1791; imprenta de